

Jenn Shapland

Mi autobiografía de Carson McCullers

Traducción de Gloria Fortún







Jenn Shapland

**Mi autobiografía de Carson
McCullers**

Traducción de Gloria Fortún



Primera edición: septiembre de 2022

MY AUTOBIOGRAPHY OF CARSON MCCULLERS © Jenn Shapland, 2020

First published by Tin House Books. Translation rights arranged by MB Agencia Literaria SL. and The Clegg Agency, Inc., USA.
All rights reserved.

© de la traducción: Gloria Fortún

© de esta edición: Dos Bigotes, A.C.
Publicado por Dos Bigotes, A.C.
www.dosbigotes.es

ISBN: 978-84-125123-5-9
eISBN: 978-84-125975-1-6
Depósito legal: M-22270-2022
Impreso por Kadmos
www.kadmos.es

Diseño de colección:
Raúl Lázaro
www.escueladecebras.com

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Todos los derechos reservados. La reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, deberá tener el permiso previo por escrito de la editorial.

El papel utilizado para la impresión de *Mi autobiografía de Carson McCullers* es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable.

Impreso en España — Printed in Spain

Para tu Carson

En el reconocimiento del acto de amar
se haya una respuesta a la desesperanza.

Audre Lorde, *Zami. Una nueva
forma de escribir mi nombre*

Índice

Nota de la autora

Pregunta

Articulación

Correspondencia

Los territorios particulares del alma

Enajenación, o por qué escribo

Cuevas

Chick-fil-A

Casas en los árboles y cabinas telefónicas

Esa chica

Cualificaciones

Un amor libre

Ventanas

Acontecimientos imprevistos

Cambios

February House

Amigas imaginarias

El blues de la demostración

Dedicatorias

Ambivalencias

Convalecencia
Parásitos
Hogareñas
Reglas
Mi juventud arcoíris
Portales
Artículo 8
Artículos 42-45
Artículos sin localizar
Femenina
Acerca de exponerse
Fusión
La caza
Semántica
Habitaciones separadas
Androginia
Elle/Elles
Confidentes
High Line
Tríos
Sillón reclinable
Desestabilización ontológica
Buscando en Google
Sermón
Lista de posibles novias de Carson
Otras lesbianas probables
Segundas nupcias
Dedicatorias
Furia y desastre
En la enfermedad
Caza de brujas
Este loco deseo de viajar
Rumbo al oeste
Estrategias de afrontamiento

Sismógrafos
Diagnóstico
Silla azul
Órgano
Último amor
Aún no
Primeros amores
Sueño
Cuestión de gusto
Dedicatorias
Sueño
Tu nombre
Ciencia forense
Expurgación
Mentiras, secretos y silencio
Mitomanía
Reconocimiento
Una fuerza que silencia
Proximidad
Miopía
29 de septiembre de 1967
29 de septiembre de 2016
Amor e invierno
Las muertas
Sueño
Nota a mí misma
Eufemismos

Agradecimientos
Fuentes

Nota de la autora

Por restricciones relacionadas con el *copyright*, en este libro he aludido a varios documentos que incluyen cartas, telegramas y una colección de transcripciones pertenecientes a las sesiones de terapia grabadas de Carson McCullers, prescindiendo de las citas textuales.

Pregunta

Reeves preguntó a Carson si era lesbiana en el porche delantero de la casa de Carson en la avenida Stark, cuando todo el mundo se había ido a la cama. Me los imagino en un columpio, aunque sé con certeza que tal columpio no existe. Carson contestó con rapidez que no, deseó no serlo en voz alta y acabó expresando serias dudas.

Yo era la única usuaria de un pequeño archivo bibliotecario de Columbus, Georgia, cuando me topé con este intercambio transcrito a máquina y fechado en marzo de 1958. Se trata de la transcripción de la grabación de la quinta sesión de terapia de Carson con la doctora Mary Mercer, a quien visitaba para que le ayudase con su bloqueo de escritura. Volví a leer la pregunta. Carson recordaba haberle dicho a Reeves que había amado a una mujer que se llamaba Vera y a otra que se llamaba Mary Tucker, pero que no estaba segura de lo que quería decir él cuando hablaba de lesbianas. Se lo preguntó como si el lesbianismo fuera un club en el que estaba considerando ingresar, o una especie desconocida que ella pudiera

estudiar: ¿cómo se comportan las lesbianas? ¿Dónde viven?
¿De qué forma interactúan?

A pesar de la condición de Carson de posible lesbiana, Reeves quiso saber cuándo se casarían. Ella tenía diecinueve años.

Articulación

A Carson McCullers se la recuerda como una novelista que se crio en Columbus, Georgia, se mudó a Nueva York en los años veinte, y pasó el resto de su vida escribiendo sobre gente inadaptada del sur de Estados Unidos. Sus personajes son mudos o demasiado altos o negros o *queer* y casi siempre se encuentran solos y fuera de lugar en un pueblecito conservador que se parece mucho al suyo. En 1940, su primera novela, *El corazón es un cazador solitario*, le trajo la fama a la edad de veintitrés años. Se hicieron películas y obras de teatro de Broadway de sus libros. Uno de sus mejores amigos fue Tennessee Williams —ella le llamaba Tenn— y estuvo peleada con el copión de Truman Capote durante años. Se casó con el mismo hombre, Reeves McCullers, dos veces, y se rumorea que andaba detrás de algunas mujeres. Se emborrachaba con frecuencia, era una enferma crónica y, como tantas personas de su época, murió joven. Si has oído hablar de ella, seguramente conozcas una versión del estilo de la que acabo de contar.

Para poder contar su propia historia, una escritora debe convertirse en personaje. Para contar la historia de otra persona, una escritora debe convertir a esa persona en una versión de sí misma, encontrar la manera de habitar en ella. Este libro tiene lugar en la distancia fluida entre la escritora y su sujeto de escritura, en la fabricación de un yo, en todas sus versiones, en la página.

Correspondencia

No me esperaba cartas de amor. El papel se había vuelto marrón con el tiempo y sus esquinas estaban arrugadas. La caligrafía de Annemarie llenaba la hoja, inclinándose con contundencia hacia la derecha y llenando con frecuencia el margen izquierdo con añadidos posteriores. Leía a través de fundas de plástico transparentes, pues mi prudencia de becaria me impedía extraer los documentos de su forro.

10 de abril, por la noche

Carson, niña, mi amada, lo sabes, me marchó pasado mañana, medio asustada y orgullosa, dejó atrás todo lo que me importa, otra vez, y una oleada de amor...

Levanté la vista hacia las hileras de cajas de manuscritos que me rodeaban, me bullía la mente, me ardían las mejillas. ¿Significaba esto lo que yo creía? ¿A qué se refería con «amor»? El instinto me hizo ponerme a vigilar si venía alguien. Tan solo se escuchaba el sonido de las estanterías eléctricas al deslizarse, así que seguí leyendo. Annemarie recordaba a Carson *la vez en que tú y yo hablamos durante*

aquella comida, te acuerdas, en esa esquina junto al hotel Bedford, tomando leche y pan y mantequilla, hace siglos.

Cuatro años antes de visitar el archivo de Georgia que albergaba las sesiones de terapia transcritas de Carson, antes de conocer poco más que el nombre de Carson, yo era una becaria del centro Harry Ransom, una enorme colección de libros y documentos de escritores situada en el campus de Austin de la Universidad de Texas. Fue un trabajo que me vino de perlas: me liberó de dar clase durante mis dos años de estudiante de posgrado y me proporcionó un acceso ilimitado a los papeles y otras pertenencias de destacados autores.

Cada uno de los días de mis dos años en el centro lo pasé en un despacho compartido con otros becarios respondiendo las consultas que hacían los investigadores para sus trabajos, las cuales se iban acumulando en la pila de correo que había junto a la puerta. La mayoría de ellas resultaban aburridas. La mitad versaban sobre David Foster Wallace o Norman Mailer. (Mi descubrimiento favorito fueron una serie de cartas que una de las amantes de Mailer le había escrito con el encabezado —que resumía perfectamente lo que yo sentía— *Estimado Gilipollas Estadounidense*). Un día de principios de febrero de 2012, un investigador escribió preguntando por las cartas entre Annemarie Clarac-Schwarzenbach, cuyo nombre me resultaba completamente desconocido, y Carson McCullers, cuyas novelas tenían títulos que siempre me habían llamado la atención. *El corazón es un cazador solitario*. Ya te digo. Sin embargo, nunca había llegado a leer ninguna. Tengo la sensación de que los libros me encuentran cuando estoy preparada para ellos, de lo contrario los acabo abandonando. Bajé en el montacargas a la fría sala de

manuscritos del sótano, extraje la carpeta de correspondencia —la 29.4, todavía me acuerdo— y empecé a leer allí mismo, junto a las estanterías.

El lenguaje que emplea Annemarie en sus cartas a Carson es íntimo, sugerente, o así lo quise leer yo. *Te acuerdas*. Yo había recibido cartas como esas. Había escrito cartas así a las mujeres que había amado. Tenía pocas pruebas, pero estaba plenamente segura: Carson McCullers había amado a mujeres. O, al menos, esta mujer la había amado a ella. Inmediatamente, sin razón alguna, quise saberlo todo de ambas. Subí la carpeta conmigo a mi estante en el despacho de los becarios, me apresuré a mi turno de las tres de la tarde en el mostrador de consultas y empecé a buscar en Google. Se trataba de una investigación, racionalicé; era parte de mi trabajo. Descubrí que Annemarie era una escritora y fotógrafa suiza, heredera de la seda y reputada mujeriega que pasó un tiempo en Nueva York en los años treinta y principios de los cuarenta.

En la carpeta 29.4 encontré ocho cartas de Annemarie a Carson, pero no estaba ninguna de sus contestaciones. Una tiene el encabezado *En el río Congo, septiembre de 1941*, otra *En el barco, desde la Angola portuguesa a Lisboa*. Después de contar las páginas para el investigador y responder a su consulta, bajé de nuevo la carpeta y la introduje en su caja. Más tarde, guardaría pilas de los libros y manuscritos de Carson en mi estante del despacho, pero en ese momento no creía tener derecho a estar tan cerca de aquellas cartas. Sin embargo, sí que había copiado algunas de ellas en un *email* que me envié a mí misma. El investigador nunca me solicitó los escaneados. La caligrafía de Annemarie es tan pequeña y apremiante que sus cartas tardan en leerse, aunque muchas veces solo ocupen las dos

caras de una sola hoja. Sus cartas, al igual que las mías, son agitadas, rebosantes de un sentimiento que necesita declararse por escrito. En la primera carta da la impresión de estar acabando su relación con Carson, de forma cariñosa pero firme. Escribe desde Zúrich, habiéndose ya marchado del país:

Gracias eternamente... Carson, recuerda nuestros momentos de conexión y cuánto te amaba. No te olvides de la magnífica obligación de trabajar, no te dejes seducir, escribe, y, querida, cuídate. Como yo lo haré. (En Sils escribí. Solo unas cuantas páginas, te gustarían), y nunca olvides, te lo ruego, lo que a nosotras nos ha conmovido tan profundamente.

Tu Annemarie, con todo mi cariño.

El amor que describe está vinculado a la escritura, trabajo creativo que estas mujeres se toman en serio. Creo que esta parte me impactó igual que su romance, y ahora me recuerda a la sensación que Audre Lorde describe en *Zami*, su autobiografía, la primera vez que se encuentra incluida en un grupo de mujeres *queer* que son artistas: «Sentí que había superado mi infancia, que era una mujer conectando con otras mujeres en una red intrincada, compleja y cada vez mayor de fuerzas que se intercambian». Como muchas de mis propias cartas escritas al final de mi adolescencia o de veinteañera, las de Annemarie son mensajes de una mujer confusa a otra, un intento de articular un yo que aún no se había formado del todo. Al releer las cartas que escribí durante este periodo, puedo escuchar la firme creencia que tenía de que un día no muy lejano mi identidad se transformaría en algo estable, fijo. Aguardaba a que mi rostro se afilara y mis manos envejecieran. Aparte de las mías, nunca antes había leído cartas de amor entre

mujeres. A pesar de que Annemarie y Carson fueran unas desconocidas para mí, y del tiempo y el espacio que nos separaban, al leer esos documentos sentía que las comprendía perfectamente.

Descubrí las cartas al final de la gran catástrofe que fue fraguándose poco a poco durante mi veintena: no romper del todo con mi primer amor, una mujer de Texas que había conocido cuando estábamos en el primer año de carrera en Vermont y con la que pasé seis años de pareja en el armario. En el segundo año de un programa de doctorado que duraba seis, el mundo académico ya me aburría sobremanera. No quería ser crítica literaria, no soportaba los aros institucionales por los que iba pasando, y cuando llevaba tan solo seis meses de becaria, ya sabía que ser archivera no era lo mío. Carecía de paciencia y dedicaba demasiado tiempo a resolver misterios que yo misma creaba. Un día recibí un *email* inesperado de uno de mis profesores en el que alababa mi escritura, y me sorprendió sentirme validada. Los elogios continuaron, junto con una ráfaga de poemas y la presión para que me acostase con él, lo cual hice, sin estar muy segura de cómo había llegado hasta allí. Mi relación de seis años se disolvió, y yo me marché de nuestro apartamento. Tenía veinticinco años y, cuando no estaba borracha en un porche fumando cigarrillos iracundos con mis amistades, me encontraba exquisitamente sola por primera vez en mi vida en un estudio nuevo y caro que no me podía permitir. El lavaplatos estaba lleno de cucarachas. Las cucarachas me juzgaban. Mi propio comportamiento me dejaba perpleja. No sabía si deseaba salir con mujeres —era como si no lo hubiese hecho nunca; mi primer amor y yo nos presentábamos durante todos aquellos años como «compañeras de piso»— pero, a pesar de lo que había

sucedido, salir con hombres me resultaba deprimente. Como la mayoría de las personas que tienen veinticinco años, no podía decidir qué iba a hacer a continuación.

Lo que llegó a continuación fue Carson.

Traté de hablar a algunas personas —compañeros de trabajo, amistades— sobre las cartas, pero no era capaz de explicar por qué eran tan importantes para mí. «Salió con una mujer», me dirían. «¿Y?». En los años posteriores mi deseo de comprender la magnitud de este amor por correspondencia lo invadió todo. Una semana después de descubrir las cartas, me cortarí el pelo. Un año después me sentiría más o menos cómoda al llamarme a mí misma lesbiana por primera vez. También catalogaría la colección de efectos personales de McCullers en el centro Ransom, tanto su ropa como los objetos que habían llegado al archivo y habían permanecido sin procesar durante mucho tiempo. Cuatro años después pasaría un mes viviendo en la casa donde transcurrió la infancia de Carson en Columbus, y posteriormente me mudaría de Austin a Santa Fe con mi nuevo amor, Chelsea —nos conocimos siendo las dos becarias—, y abandonaría mi trabajo en el mundo académico para terminar un libro sobre Carson. Al pensar en retrospectiva, redefinimos todo lo que se ha interpuesto en nuestro camino, por lo que me cuesta encontrar un sentido narrativo constante en mi propia vida y en la de las demás personas. Pero supongo que estas cartas podrían considerarse un punto de inflexión.

Los territorios particulares del alma

Las transcripciones de la terapia de Carson aparecieron en 2014, tras la muerte de la doctora Mary Mercer, en el pequeño archivo de la tercera planta de la Universidad Estatal de Columbus. Pasé allí las lentas tardes de la primavera de 2016 escaneando y fotocopiando las cartas plagadas de erratas de los años de Carson posteriores a su ataque cardíaco, cuando tenía el brazo izquierdo paralizado y escribía a máquina con un solo dedo. Leí una copia del testamento de Carson, en el que deja en herencia a su antigua terapeuta un tercio de sus posesiones, y muchas de sus cartas a Mary, en las que bromea con dulzura: *Besos a tu piececito*, se despide, y se dirige a Mary como *mi niña*. Saqué fotos de muchas de ellas con mi teléfono para enviárselas inmediatamente a Chelsea con un montón de signos de exclamación.

Martha, una archivera veterana con el pelo rubio y corto y unos enormes ojos enmarcados por unas gafas, se encontraba en mitad de una conversación acalorada sobre

el gas mostaza con otros trabajadores del archivo que se habían congregado alrededor de su ordenador cuando entré por la puerta. Le informé de que estaba allí para investigar acerca de la amistad —así la llamaba— entre Mary y Carson. Ella lanzó un ostentoso bufido ante mi consulta, mientras me miraba de arriba abajo. Sin inmutarme, pues ya estaba familiarizada con esos despliegues de indiferencia, le tendí la larga lista de carpetas que necesitaba que me buscara. Sé bien que los archivos pueden ser lugares hostiles e inaccesibles. Una investigadora tiene que hacer un gran esfuerzo para ganarse la confianza del personal. Necesitan asegurarse de que vas en serio. Custodian multitud de secretos, los caóticos documentos de vidas que con frecuencia son aún más caóticas. Pocas semanas después, consideraría estas tensas interacciones como señales de la incomodidad que sentía Martha, o la institución, con el contenido de las transcripciones. Todavía no estoy segura de si era mi paranoia de investigadora *queer* la que me hacía pensar estas cosas.

Cada una de las transcripciones de la terapia de Carson están alojadas en una carpeta etiquetada como «Experimento»: «Primer experimento», «Segundo experimento». Resulta exasperante lo incompleto de las transcripciones, con sus elipsis y sus huecos en blanco que pudieran o no ocultar detalles adicionales. Algunas empiezan o terminan en la mitad de una frase. Carson habla en mayúsculas, intercalando poesía —suya y de otros— con descripciones de sus sueños, recuerdos de infancia y reflexiones acerca de su vida. Puede que parezca que leer transcripciones de las conversaciones de una persona con su terapeuta va contra la ley, pues en una terapia normalmente se da por sentada la confidencialidad entre la

profesional y su paciente. Sin embargo, este tipo de transcripciones es muy común. A pesar de que cuentan distintas versiones de cómo tomaron esta decisión, tanto Mary como Carson las describen como un intento de escribir la autobiografía de la autora.

Al principio, Carson era escéptica con respecto a la terapia y estaba muy nerviosa el día de 1958 en que iba a conocer a Mary en su consulta de Nyack, Nueva York, donde Carson había estado viviendo de manera intermitente desde 1944. Mary tenía cuarenta y seis años, y llevaba ejerciendo la psiquiatría desde hacía una década, aunque había abierto su propio consultorio privado en Nyack cuatro años antes. Nueve años después de sus sesiones de terapia, Carson dictó desde la cama su segunda autobiografía, la cual, como la primera, nunca concluyó. Fue publicada de forma póstuma en 1999 bajo el título de *Iluminación y fulgor nocturno*. En ella escribe que temía que «la doctora Mercer fuera fea, mandona, y que tratase de invadir territorios particulares de mi alma». Estaba tan preocupada que se despertó a las tres de la madrugada del día de su primera sesión. Llegó a su cita indignantemente pronto, caminó por el sendero que conducía a la consulta ayudada por su bastón, forcejeó con la puerta mosquitera y vio a Mary, que «era y es la mujer más hermosa que he visto nunca».

Carson pensaba que enfocar su terapia como la escritura de unas memorias había sido una de sus ideas más brillantes. Al principio, Mary no estaba segura y pensó que «no podía hacerse. Iba en contra del “contrato” terapéutico». Pero, con el tiempo, la autora logró convencerla. Le dijo a la biógrafa Josyane Savigneau que «en contra de todo lo razonable y de las reglas de mi profesión, acepté grabar las cintas —una copia para ella y

otra copia para mí— estipulando con claridad que este material no debía hacerse público en su forma original y solo serviría de fuente para el libro que planeaba escribir». Mary sacó el dictáfono que usaba para grabar su correspondencia y sus notas sobre los pacientes, y las dos se pusieron a grabar inmediatamente. A Carson el contenido de las cintas no le causaba timidez, su objetivo era publicarlas. Su acuerdo es la razón por la que las transcripciones aún existen, y creo también que es el motivo de que yo me sienta cómoda leyéndolas y diseccionándolas para averiguar el subtexto. Mary recuerda que se enteró a través de las amistades de Carson de que la escritora ponía las cintas «a cualquiera y a todo el mundo», así que hizo que se las devolviera.

A finales de los años cincuenta, tras haber perdido a su madre, a quien todo el mundo llamaba Bebe, Carson se encontró con que era incapaz de escribir. La novela que tenía entre manos en ese momento, que con el tiempo se convertiría en *Reloj sin manecillas*, la tenía completamente bloqueada. Estaba sola a menudo; no tenía mucho dinero. No creía poderse permitir el gasto de la terapia con Mary, pero tras unas cuantas sesiones se dio cuenta de los beneficios. «No es solo que la doctora Mercer me cayera bien desde el principio», escribe, «sino que la quería, y ante todo sabía que podía confiarle hasta mi alma. No me resultaba nada difícil hablar con ella. Le entregaba toda la rebelión y frustración de mi vida, pues sabía que ella era consciente de lo que le daba». Si gracias a las sesiones pudieran producir una autobiografía que Carson fuera capaz de vender, podría justificar el coste. A pesar de que algo así suena al mismo tiempo práctico y absurdo, me pregunto si también estaba buscando una narrativa, si

trataba de encontrar una historia que contar en la que encajase.

Carson tiene cuarenta y un años cuando empiezan las transcripciones, y resulta evidente que una escritora como ella, cuya literatura se caracterizaba por su perspicacia psicológica y su agudeza emocional, sigue perdida a la hora de articular quién es. En abril de 1958 le cuenta a Mary en una carta que su escritura llega a ella desde un lugar instintivo, más que tras un análisis, y que solo entiende lo que ha escrito una vez lo ha terminado. Durante su primera visita con Mary, se siente tan incapaz de interpretar sus propios sentimientos y comportamientos que se compara con una persona a la que han extirpado un lóbulo del cerebro mediante cirugía. Asociamos con demasiada frecuencia a la juventud la búsqueda de una identidad y el autoconocimiento. Sin embargo, en mi propia vida la identidad se desarrolló con lentitud, y no me comprendí a mí misma por completo hasta el final de mi veintena. Tal vez esto es lo que vi, desde el principio, en Carson: un llegar a ser que se prolongaba de un modo que me resultaba familiar.

Hacer terapia tiene mucho en común con escribir tus memorias: se trata de contar tu historia. Fui a terapia por primera vez la misma primavera en que descubrí las cartas de Annemarie. En la consulta del terapeuta, sentada en el único rincón oscuro del centro de salud de la Universidad de Texas, un lugar iluminado con fluorescentes, hablé por encima de los borboteos de la cascada de una fuente que tenía a mi lado: «Me parece que he perdido el hilo narrativo de mi vida», dije, «ya no sé cuál es». Creo que lo que intentaba decir era que ignoraba cómo iba a ser capaz de hablar durante la terapia si no tenía una historia que